

LA ACADEMIA ESPAÑOLA Y SU HISTORIA

SOLO la mente torturada de un Talleyrand puede llegar a decir que las palabras sirven al hombre para ocultar su pensamiento. Porque los ideales educativos que se manifiestan plenamente en la propia estimación nacional, lo que llamamos sentimiento patrio, monta la guardia no sólo en las fronteras, sino en el idioma vernal, para depurar la raza.

El idioma brota en el propio terreno, con ese manantial de fuerza que el tiempo va transformando lentamente, variando el habla familiar, aunque a veces el uso proporciona voces incorrectas o galicismos inútiles, que obedecen al imperio de modas ridículas, importadas del extranjero.

¿Qué lengua se habla en España?, preguntaba angustiado Ramón y Cajal.

En España, como en todos los países, la influencia extranjera se deja sentir en un alud arrollador de vocablos exóticos

y neologismos superfluos. Ya Horacio se quejaba en su tiempo de lo mismo. Muchas palabras hoy en boga, decía, permanecerán, y otras, caídas en desuso, renacerán, como lo quiera el uso, árbitro poderoso y norma del lenguaje.

Y es que la pueril vanidad de importar palabras nuevas o de lucir harto dudosa familiaridad con lenguas extrañas, pueden más que los dictados del buen sentido.

Demos por descontado que las lenguas evolucionan y que los inventos incesantes de las ciencias y de las artes nos imponen neologismos difícilmente reemplazables. Pero también reconocamos que en ello influye mucho la moda.

Con razón señalaba Cajal la observación de *Azorín* de que hoy no se adjetiva como antaño, de que ciertos vocablos pierden su energía y otros, abandonados en el desván del arcaísmo, la recuperan, remozándose en esa confusa mezcla de evolución y regresión, de mejora y bastardeo.

Este daño se remonta al siglo XVIII, donde las gentes hablaban y escribían a su talante y capricho, salvo las honrosas excepciones de nuestros escritores.

Para corregir estos males, Felipe V —octubre 1714— ordenó la fundación de la Real Academia Española, la docta corporación, que, con su lema «limpia, fija y da esplendor», prodiga atinados y eficaces consejos y concede hospitalidad en su diccionario a multitud de vocablos y acepciones de nueva y no siempre limpia acuñación. Porque su principal labor se reduce a consagrar el uso.

Esta institución fué creada a imagen y semejanza a la establecida en París. Regida desde un principio por su fundador efectivo, D. Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena y duque de Escalona, está situada en un hermoso palacete de estilo neoclásico, en la barriada más aristocrática de

la época —calle de Moreto—, próxima al Museo del Prado y a la iglesia de los Jerónimos.

Por el sillón presidencial han desfilado 23 destacadas personalidades de las letras, siendo el actual ocupante D. Ramón Menéndez Pidal.

El salón de juntas está situado actualmente en la planta baja del ala izquierda del edificio. Su forma es rectangular, amplio y espacioso.

En torno a la mesa ovalada están los sillones de los académicos. Sillones y sillas. Los primeros son los primitivos asientos y hay 24; las segundas son de creación posterior, y su número asciende a 12, sin más diferencia que la letra colocada en la parte posterior superior del respaldo, mayúscula o minúscula, respectivamente.

Hay tres sillas vacantes. Las ocuparon D. Niceto Alcalá Zamora, D. Salvador Madariaga y D. Tomás Navarro Tomás. En cambio, la silla letra «b» tiene dos titulares: D. Jacinto Benavente, que no ha tomado posesión, y D. Salvador González Anaya, actual ocupante.

La finalidad de la docta corporación se refleja en el artículo 1.º de sus Estatutos: «La Academia Española tiene por instituto velar por la pureza, propiedad y esplendor de la Lengua Castellana; investigar sus orígenes, fijar sus principios gramaticales, vulgarizar por medio de la stampa los escritos desconocidos y preciosos que se conservan de lejanos sitios, y manifestar el lento y progresivo desarrollo del idioma; promover la reimpresión de las obras clásicas en ediciones esmeradas, y publicar en láminas excelentes los retratos de nuestros afamados ingenios, librándolos del olvido.»

Los académicos forman y enriquecen el Diccionario Etimológico, revisan la Gramática de la Academia —texto obli-

gado y único en las escuelas de enseñanza pública— y convocan certámenes para fomentar nuestras letras e ilustrar los puntos difíciles de nuestra historia literaria.

Anualmente otorga ocho premios: el del Duque de Alba, de 12.000 pesetas, para trabajos originales e inéditos escritos por españoles; cinco de 10.000 pesetas cada uno, fundados por el Conde de Cartagena; el Fastenrath, de 4.000; Premio Piquer, de 1.600, para obras dramáticas estrenadas durante el año; el de Manuel Espinosa y Cortina, de 4.000, para obras dramáticas estrenadas durante un quinquenio; el denominado Castillo de Chirel, de 4.000, cada cuatro años, para trabajos periodísticos; el Manuel Llorente, de 1.500, para un canto patriótico al alcance de las inteligencias infantiles, y el de San Gaspar, para recompensar actos de virtud que tengan por base el amor filial, la abnegación, la probidad acreditada, el valor que produzca beneficios a la Humanidad, etc., etc.

La Real Academia se enriquece, además, con la creación de dos organismos que funcionan al cobijo de su sombra protectora: el Instituto Miguel de Cervantes, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, afecto al Patronato Menéndez y Pelayo, y el Seminario de Lexicografía.

La misión del primero es recoger, en armoniosa síntesis, la investigación de la lengua española. Para ello, no sólo practica los procedimientos de la filología analítica, sino que también utiliza el método humanista y académico.

El segundo organismo tiene por misión completar el Diccionario Histórico de la Lengua Española, cuya redacción hace ya tiempo acometió la docta corporación. Cada vocablo, cada alocución, es estudiada desde los orígenes del idioma hasta nuestros días, proporcionando con ello la variedad y riqueza de nuestro patrimonio lingüístico.

Ambos organismos constituyen el acabado complemento de esta obra de inigualable interés cultural: la Real Academia Española de la Lengua, nacida en el siglo XVIII, en pleno apogeo de aquellas tertulias, consistorios y centros literarios, formados por hombres ilustres, al calor de la época afrancesada de Felipe V.

A. O. M.

